

que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los ensueños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

III

Al empezar el reinado de Isabel II, la revolución literaria del romanticismo coincidió con la revolución política. Grandes fueron entonces la vida y la actividad de los espíritus, manifestándose acaso en la poesía lírica antes que en nada, porque dicha poesía parece como que no requiere preparación, es espontánea y da frutos pronto y con poco cultivo. ¿Quién no tiene algo de poeta lírico en su alma? Nada más fácil, pues, que componer versos, pero nada más difícil que componerlos buenos, y nada sobre todo más raro, en cualquier país y singularmente en España, donde se lee poco, que llamar la atención con esta clase de obras y ganar por ellas popularidad, gloria y provecho. De aquí que á los poetas líricos se les pueda aplicar mejor que á nadie, en sentido meramente mundanal, aquello de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Porque no basta escribir bien; menester es además que halle quien escri-

be un público predispuesto á escucharle ó á leerle, y capaz, por último de penetrar todo el sentido y de apreciar en su justo valer el mérito de lo que escucha ó de lo que lee.

Así explico yo que hubiese por aquel tiempo en España una exuberancia de lirismo que, saliéndose fuera de los moldes de la poesía lírica, y como rebotando, apareciese en la poesía dramática y hasta se dilatase y se enseñorease de la prosa, escrita ó hablada.

Sin temeridad puede afirmarse, á mi ver, que de cada cinco personajes que se han distinguido escribiendo para el teatro, en la carrera militar, en los altos empleos públicos, en la tribuna ó en el foro, cuatro, ó al menos tres, han comenzado componiendo coplas, malas ó buenas. No se extrañe, pues, que en este breve resumen sólo hagamos mención de poquísimos poetas líricos en comparación de la enorme multitud de ellos que sin duda ha habido y que han roto la lira ó que la han arrumbado, dando más útil empleo á sus esfuerzos y vigiliass. Y esto, no sólo porque valiese poco la poesía lírica de los tales, sino porque la poesía lírica casi nunca es profesión, empleo ú oficio que llene la vida de un hombre, sino

que tal vez llena sólo algunas breves horas de feliz inspiración que bastan para hacer inmortal á quien la recibe en fecundo consorcio con la musa.

De los poetas españoles del primer tercio del siglo XIX todavía, podremos citar á algunos cuyo merecimiento está muy por cima de la fama que alcanzaron. De ellos puede decirse lo que, con razón, dijo Menéndez y Pelayo de Cabanyes en una magnífica oda:

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

Por desgracia, las alabanzas dadas por el Sr. Menéndez no han hecho á Cabanyes más popular ni más conocido. La misma oda del Sr. Menéndez, que da tan clara y hermosa idea del valer del vate laetano, es tan poco leída y conocida como los versos de dicho vate. Tal vez la relativa obscuridad de Cabanyes proceda, en parte, de que vivió en provincias y no vino á cobrar celebridad en Madrid.

Por idéntico motivo alcanza también poca nombradía D. José Somoza, y, sin embargo, nos quedan de él lindísimos ver-

sos, como, por ejemplo, el *Romance gitanesco* y *La sed de agua*.

En gran manera superior á Somoza, y casi tan olvidado como él, cuando no en Valencia y en Cataluña, en Castilla, fué el presbítero D. Juan Arolas, inspirado y entusiasta autor de no pocas poesías caballescadas y orientales.

En Madrid, al aparecer el romanticismo y luchar con la escuela llamada clásica, y al fin vencerla, el centro en que se reunían los ingenios de ambas parcialidades era el pequeño café contiguo al teatro del Príncipe, y que pronto se designó, por afecto y no por menosprecio, con el nombre de *Parnasillo*. Aquel vino á ser el foco de la revolución literaria; pero las mudanzas y novedades que la revolución trajo consigo se notaron más y fueron más benéficas que en la poesía lírica en la poesía dramática.

Harto más que como líricos, brillaron y florecieron como dramaturgos el gran crítico Larra, Gil y Zárate, García Gutiérrez y otros. La gloria que adquirieron algunos por sus dramas, casi eclipsó el brillo con que tal vez como poetas líricos hubieran podido lucir. Así D. Juan Eugenio Hartzenbusch, cuyos *Amantes de Teruel* y cuya *Doña Mencía* el vulgo conoce y celebra, ol-

vidando ó desconociendo su bellísima paráfrasis de *La campana* de Schiller, sus fábulas y varias elegantes y sentidas composiciones, como, por ejemplo, *La medianía de ingenio*. Así también, más tarde, D. Ventura de la Vega, más famoso y más digno de serlo por *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera* y *La muerte de César*, que por sus lindas y atildadas composiciones, entre las que sobresalen *Agitación* y *Orillas del Pusa*. Y así, por último, don Tomás Rodríguez Rubí, cuyo rico y aplaudido teatro ha hecho olvidar sus graciosas y originales poesías andaluzas.

El lirismo, no empleado por otros en la poesía lírica, ni en la dramática siquiera, persistió en el alma de ellos y prestó carácter, ya á las obras que escribieron en prosa, ya á las arengas que, lanzados en la vida política, pronunciaron. Pasmoso ejemplo de esta clase de poetas líricos, que rompen el freno y las ligaduras del metro y de la rima, y que en prosa vierten su inspiración á torrentes, fué el primero, el más original y el más enérgico y conciso, D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas. ¿Qué son más sus obras, y singularmente el *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., que un raro conjunto de odas, canciones, sátiras, elegías

y trenos, eseritos ó pronunciados con acento apocalíptico en resonante prosa? Notables muestras de este lirismo prosaico nos dan en Francia Chateaubriand, Lerminier, Lamennais, Edgardo Quinet y Pélletan; pero ninguno acertó por allí á poner este lirismo en la oratoria con mayor arte y con más estupendo caudal de imágenes y adornos floridos que D. Emilio Castelar entre nosotros, por donde su nombre, merced también á la sinceridad y fervor de su patriotismo y al desinterés y nobleza de su conducta política, se ha extendido por España y fuera de España, y resuena y persiste aún acompañado de justas y altas alabanzas.

No adelantemos, con todo, y volvamos á tratar de la contienda ó de la guerra, más cortés que encarnizada, entre *clásicos* y *románticos*. Su término fué el triunfo del romanticismo, si bien modificadas y suavizadas sus exageraciones por los *clásicos*, que después de burlarse de él con no poco *do-naire*, se allanaron á aceptarle y hasta escribieron también *románticamente*. Entre éstos, primero enemigos y burladores del romanticismo y después conversos ó semi-conversos, figuran D. Antonio María Segovia, *El Estudiante*, y *El Curioso parlan-*

te, ó sea D. Ramón Mesonero Romanos.

Pero, á mi ver, el más gracioso burlador y el más acérrimo contrario del romanticismo fué el fecundísimo é ingenioso poeta dramático y lírico, D. Manuel Bretón de los Herreros. También en él la gloriosa nombradía de dramaturgo ha obscurecido, aunque no debiera, el refulgente laurel de oro que debe adornar y que adorna su lira. De la inexhausta vena de Bretón, de su alegre y candoroso ingenio, y de su maravillosa facilidad y maestría en el manejo del idioma, de la rima y del metro, han brotado multitud de canciones, odas, sátiras, epigramas, romances y letrillas, que todavía nos encantan, que guardamos en la memoria y que repiten con placer nuestros labios. Es más: yo creo que Bretón, hasta en sus comedias ó dramas, es, más que poeta dramático, poeta lírico. Los chistes y las agudezas que mayor deleite y risa promueven, más que en la situación y carácter de los personajes, están en el primor, en la amenidad, en la versificación ingeniosa y en otras raras prendas de su estilo.

Nadie como Bretón ha compuesto parodias y burlas divertidas del romanticismo. La mujer es *rosa de Jericó*, *paloma del diluvio*, *fantástica visión de caledonio bardo*,

*sueño fugaz de peregrino trovador proven-
sal, flor*

Que seca y destruye el cierzo,
Fósforo que alumbra y muere,
Ráfaga que pinta en sueños
El demonio del amor,
Y fantástico compendio
De tinieblas y de luz,
De triaca y de veneno.

El amor de la mujer puede modificar ra-
dicalmente nuestro carácter, lanzarnos al
crimen y hacer que montados...

..... sobre innoble bestia
Y ciñendo la túnica y el gorro,
Preseas del ladrón y el homicida
Nos lleven al patíbulo afrentoso.

En cambio, la mujer contrariada en sus
amores se matará prefiriendo la estrangulacion, y dirá, amenazando á quien la con-
traríe: adiós,

..... y plegue al genio
De las tumbas que algún día
No te maldiga en el lecho
Con infernal carcajada
Mi descarnado esqueleto.

Sería cuento de nunca acabar seguir ci-
tando otras parecidas bromas de Bretón
sobre el mismo asunto.

Los románticos, á pesar de su seriedad,
á menudo lúgubre, no se descuidaban tam-
poco en burlarse de los clásicos. Lo que más
ridicularizaban era la poesía pastoril. El
pastor Clasiquino salió en caricatura en el
periódico *El Artista*. No acertaba á conce-
bir el romántico que hubiese pastores ga-
lantes y finos, y zagalas gentiles, aseadas
y discretas.

Contra el empleo de la mitología greco-
latina el romántico se desataba aún con
mayor furia, aunque nuestros poetas ante-
riores al pseudo-clasicismo francés, Lope,
Góngora, Tirso y el mismo Calderón, ha-
bían sido *mitologistas*. Los dioses gentiles,
en quienes ya nadie creía, habían sido para
ellos figuras retóricas, personificaciones de
vicios y virtudes, de pasiones humanas y
de fuerzas de la Naturaleza. Si conviene ó
no el uso de estas personificaciones é imá-
genes, punto es muy discutible y tan largo
de dilucidar, que en este artículo no cabe
que le dilucidemos. Pero en lo que me pa-
rece, á primera vista y sin mucha reflexión,
que hay no poco de erróneo y más aún de
ocasionado á faltar al respeto y á la vene-
ración que á las cosas santas se deben, es
en el uso de lo sobrenatural cristiano para
adorno y máquina de los poemas. A nues-

tro Dios, elevadísimamente metafísico, que todo lo ha creado, que lo llena y lo penetra todo, que asiste en el abismo de nuestras almas, y que está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, sería rebajarle con indecoroso antropomorfismo si le hiciésemos hacer un papel algo parecido al de Júpiter, Neptuno ó Venus en las antiguas epopeyas.

De nuestro cielo ortodoxo tenemos, además, muy cortas noticias. En él hay arcángeles, ángeles, serafines y querubines; pero de sus andanzas nada sabemos, á no ser por algún mensaje ó recado que hayan traído de vez en cuando á esta ó aquella privilegiada criatura de nuestro planeta. Ni siquiera sabemos los nombres propios de tan egregios mensajeros, salvo los de tres ó cuatro. Y todavía es más de notar que, si prescindimos de la condición puramente espiritual de los ángeles, y si nos atrevemos á prestarles forma sensible, echamos de menos el género femenino; todo lo indígenamente sobrenatural es varón. Hasta en lo que hay ó puede haber entre tierra y cielo, en lo sobrenatural semidivino, no quedan hembras tampoco, si con la mitología clásica expulsamos á las antiguas ninfas, nereidas, dríadas y náyades.

A fin de suplir la falta que proviene de esta expulsión, importamos, casi al empezar el romanticismo, además de las hadas que figuraban ya en España desde hacía mucho tiempo, otras varias hembras sobrehumanas traídas de remotos países y creadas por extrañas religiones y supersticiones. Así vinieron á vivir entre nosotros las sílfides, las ondinas y las salamandras. Así también, para uso de los mahometanos, que en los antiguos romances moriscos hablaban de Cupido, de Venus y de Marte, introdujimos y pusimos en moda á las huríes. Y así, por último, se trajeron también para poblar y animar los espacios fantásticos de la poesía española, peris de la Persia, apsaras de la India, y hasta valquirias de las regiones hiperbóreas; pues ya Maury habla de ellas más de setenta años antes de que las viésemos y oyésemos cantar en el teatro música de Wagner.

Menester es, con todo, que confesemos que valieron de poco tales importaciones. Ondinas, sílfides, peris, apsaras y valquirias, aunque sea ruin y plebeya comparación, estaban entre nosotros como gallinas en corral ajeno. Rara vez, ó casi nunca, las tomó por su cuenta la poesía. Y si por dicha gozaron en alguna ocasión del favor del

público, lo debieron al arte coreográfico, merced á las piruetas y graciosas contorsiones de algunas esbeltas bailarinas.

La verdad es que todo lo sobrenatural, no sólo grecolatino, sino de cualquiera otra procedencia, no podía ya entrar franca y abiertamente en las poéticas narraciones.

Desde las dichosas y ya muy distantes edades divinas en que los mortales inocentes y cándidos y los inmortales benévolos y cándidos y los inmortales benévolos se visitaban, se veían y hasta se enamoraban, toda ficción de esta clase tenía mucho de falso, de anacrónico y de artificioso. Nunca mejor que en nuestra época puede decirse con verdad, hablando de los inmortales, lo que ya dijo el poeta latino:

*Quare nec tales dignantur visere coetus,
Nec se contingi patiuntur lumine claro.*

La poesía épica, en su más estricto y riguroso significado, no es ya posible. Por poesía épica entendemos hoy la poesía narrativa. La epopeya se ha trocado en leyenda. Lo que todavía se sobrepone á lo natural, el misterio y el milagro, apenas aparecen ya en la leyenda por la causa, sino por el efecto. El agente, el creador del hecho prodigioso, queda casi siempre como poder oculto que nos vela densa nube y que

rara vez se atreve el poeta á evocar y representar con perfiles determinados y precisos y como visión clara y distinta.

Desde esta poesía narrativa, desde la leyenda donde el prodigio, el misterio y lo suprasensible aparecen nebulosos, vagos é inciertos, hasta la novela en prosa donde ya se desvanecen del todo, poco queda por andar. Cuando se ande, la leyenda en verso pasará por completo de moda, y triunfará y prevalecerá la novela, la cual será tanto más aplaudida cuanto más experimental y más naturalista sea. Las pasiones, los nervios, el atavismo, el medio ambiente y otros factores de la misma laya, harán el papel de divinidades malévolas y benévolas, de genios y de ninfas y de ángeles y demonios, que nos estravién ó nos guíen, que determinen nuestros actos y que dirijan nuestros destinos.

Otro ingrediente exótico, aunque en muy corta dosis, entró también en la combinación para formar el romanticismo de España. Me refiero al conjunto de poemas, más ó menos apócrifos, atribuidos al bardo escocés Ossian, y restaurados ó inventados por Jacobo Macpherson. El cantar melancólico del padre de Oscar se oyó muy poco en España.

Cuando en la roca de Loclín sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Hace algunos años se leía entre nosotros en inglés mucho menos que ahora, y Ossián hubo de darse á conocer por aquí, ya en imitaciones ó traducciones francesas, ya por la elegante traducción italiana en verso de Cesarotti, ya por la castellana, en verso también, de Montengón, que ha de haber circulado poco y que confieso que no conozco. El entusiasmo y la imitación de Ossián han dejado, no obstante, cierta huella en una que me parece manía, aunque el Diccionario de la Academia la disculpa y casi la autoriza: la de llamar á los poetas bardos; lo cual, en mi sentir, equivale á llamar druidas á nuestros clérigos y frailes.

Rasgo harto más esencial, y no peregrino, sino propio de nuestra tierra, fué cierto disgusto de las cosas presentes que nos hizo volver la vista hacia lo pasado con amor veheméntísimo. La decadencia de España, mayor cada día, si la comparáramos con el encumbramiento de varias naciones de Europa; la América que fué nuestra, alzada en rebelión contra nosotros, y el des-

orden, la anarquía y los apuros económicos causados por las estériles y largas discordias y por los opuestos bandos de liberales y serviles, movieron á muchos á soñar con antiguas y más prósperas edades, y á ser un tanto cuanto *retrógrados*, al menos en teoría. Ingenios aristocráticos se señalaron en esto, iniciando dicha propensión. El liberalismo moderno había además, aunque involuntariamente, cometido varios crímenes de lesa patria, falseando nuestra historia y dando por indiscutibles muchos injuriosos asertos de gente extranjera y enemiga. Era menester, por lo tanto, volver por el honor de España y defenderla en verso contra los ataques que en verso se le habían dirigido. Dos ilustres próceres, D. Mariano Roca de Togores, después marqués de Molins, y D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, tomaron á su cargo este empeño.

Sin dejar de ser *liberalísimo* y hasta demócrata, Roca de Togores se complace en pintarnos el respetuoso cariño, la patriarcal y digna familiaridad, y la alianza, fecunda en hechos heroicos, de la aristocracia y del pueblo español en los tiempos antiguos. Así inspirado, compuso en los *Recuerdos de Salamanca* uno de los más bellos

romances que se han escrito en lengua castellana:

Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así, del héroe famoso
Enmohecido el estoque,
Yace motaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.
¿En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albogues,
Olvidó el són de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
A sus propios labradores.

Aún está más marcada la intención aristocrática y patriótica del Duque de Frías cuando éste refuta las apasionadas acusaciones y responde á las crueles diatribas de Quintana. Insufrible era, cuando casi todas nuestras colonias de América se habían alzado en armas contra la metrópoli, no negar que los españoles, con espantosa ferocidad, habían convertido en un desierto á la *América inocente, virgen del mundo*. Y en todo caso, más directos descendientes de los crueles, y más herederos del fruto, botín y saqueo de sus tropelías eran los rebeldes de por allá que los españoles de la Península. Con razón, pues, los apostrofa el Duque, diciendo:

¡Gentes que alzáis incógnita bandera
Contra la madre Patria! en vano el mundo
De Colón, de Cortés y de Pizarro
A España intenta arrebatat la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Moctezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podréis: odio, venganza
Nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles seréis, no americanos.

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Yo no sé si se cumplirá ó no tal pronóstico. Yo no sé si el habla castellana desaparecerá de América, ó porque nuestros hermanos la olviden, ó porque otra casta superior los arroje de aquel suelo ó los oscurezca y confunda, apoderándose de todo. No lo permita Dios por amor de nuestra casta. Pero lo que es innegable, es que los españoles no destruyeron una civilización que no existía; porque, á pesar del oro, de la plata, del aroma y de las plumas de que el poeta nos habla, había sólo espantosa barbarie, opresión supersticiosa y miles de sacrificios humanos. España, en vez de destruir al indio, le restauró en la noble condición humana, de la que había decaído en gran manera. Harto mejor que los versos explica esto la humilde, sencilla y verídica prosa de Gomara, al hablar así de los indios: «Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando: ca el Emperador se los tasa. Tienen

hacienda propia y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas». Y más adelante: «Nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles, que los cristianaron, y que los tratan y tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, conque mejoran la vida». ¿Qué tal sería la civilización de los indios cuando ni candil para alumbrarse habían inventado?

En la defensa del Rey Felipe II, impugnando *El panteón de El Escorial*, de Quintana, estuvo también muy atinado el Duque de Frías, aunque poeta inferior á su contrario. Tal vez pudiéramos calificar á aquel monarca, tanto como de prudente, de cominero y engorroso. Ardua empresa es hacer su apología y presentarle cual dechado de bondad y de filantrópica dulzura. ¿Pero fueron mejores que él otros reyes y príncipes de su tiempo? ¿Valían más que él, moralmente, su suegra Catalina de Médicis, Carlos IX y Enrique III de Francia, ó el déspota inglés Enrique VIII y su tremenda hija, á quien llama Góngora

Mujer de muchos y de muchos nuera,
Oh reina torpe, reina no, mas loba,
Libidinosa y fiera?

El furor de Quintana contra Felipe II es, por consiguiente, exagerado y declamatorio. Algo hubiera debido perdonársele, atendida la época en que vivió y poniendo en la balanza las buenas cualidades que también tuvo, y el mérito y la fortuna de haber llegado España bajo su cetro á la cumbre de la preponderancia y de la grandeza. Bien está, pues, que diga el Duque, y más discretamente aún poniéndolo en boca de un monje que pronuncia desde el púlpito la oración fúnebre:

Fué del prudente rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Por lo demás, ni en las poesías líricas y narrativas del Duque de Frías y de Roca de Togores, ni en otros buenos versos de la primera mitad del siglo XIX, se acierta á distinguir bien lo clásico de lo romántico,

ni se halla marca característica que lo determine. En la poesía dramática es donde el romanticismo se señalará más distintamente. Y si en la lírica amatoria aparece también en ocasiones con signos vigorosos, es por exageración de los sentimientos, que de puro endiablados y frenéticos rayan en falsos. Así es, que sin exagerar nada, con verdad sincera y con sobria y pujante maestría de estilo, Gallego vence, á mi ver, á casi todos los románticos en la tierna admiración de la hermosura del alma y del cuerpo de la mujer, á quien ni *la mano fría de la razón*, ni *la mariposa negra*, ni *la Sirena del Norte*, ni la misma muerte, logra convertir en *desezada momia*, en su imaginación y en su entusiasta recuerdo. La elegía ó canto fúnebre á la Duquesa de Frías es, para mi gusto, de lo más sentido, apasionado y bello que en verso castellano se ha escrito. Y no citaré aquí versos en apoyo de mi afirmación, porque vacilaría para elegirlos ó tendría que citarlos todos.

Tanto como los poetas y literatos que vivían en España al empezar el reinado de Isabel II, contribuyeron al triunfo del romanticismo, prestándole novedad, energía y carácter, los que por cualquier motivo, voluntariamente ó por fuerza, estuvieron

emigrados, en Inglaterra, en Francia, y en otros países, durante el reinado de Fernando VII.

Algo semejante había ocurrido en Francia con el romanticismo. También allí le llevaron los emigrados, cuando á la caída de Napoleón I volvieron á su patria. Tan importante fué el papel de estos emigrados, y tan poderoso su influjo en aquella gran literatura, que el célebre crítico dinamarqués Brandes, en su notabilísima obra titulada *Las principales corrientes de la literatura en el siglo XIX*, les dedica un tomo entero. Lo que la Baronesa de Staël, Chateaubriand, Benjamin Constant y otros fueron para Francia, lo fueron más tarde para España, ya desde tierra extranjera, ya después de repatriarse, D. Juan María Maury, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. José Joaquín de Mora, D. Antonio Alcalá Galiano y D. Angel de Saavedra, duque de Rivas. Al volver á España, enriquecido el espíritu por el estudio de otros idiomas y literaturas, por el trato con diversas gentes y por la contemplación de civilizaciones extrañas y distintas, asimilándose bien lo adquirido, y convirtiéndolo en sustancia propia, nos trajeron ó nos enviaron obras de muchísimo valer, que modificaron entre nosotros el

gusto estético y pudieron más que el influjo directo de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de otros románticos franceses para que el romanticismo floreciera en España con sello peculiar y con poco ó ningún *galicismo* de pensamiento. Tan egregios emigrados importaron y produjeron tanto y tan bueno, que, á pesar de que aspiro á que este escrito sea un breve resumen, tendré que extenderme más de lo que pensaba y tratar en artículo aparte de dichos emigrados y de sus obras.